

Los demasiados poetas

Historia de la poesía colombiana

VARIOS AUTORES

Fundación Casa de Poesía Silva,
Bogotá, 2009, 868 págs.

MARÍA MERCEDES Carranza impulsó, en el 2001, la segunda edición de una *Historia de la poesía colombiana* que publicó la Casa de Poesía Silva en Bogotá. Llegaba hasta la generación de la revista *Golpe de Dados* y abarcaba 603 páginas. La primera edición se publicó en 1991.

En diciembre de 2009, Pedro Alejo Gómez, director de la Casa luego de la muerte de María Mercedes Carranza, la reedita y solicita a los investigadores Robinson Quintero Ossa y Luis Germán Sierra “Un panorama de las tres últimas décadas”. La nueva edición llega ahora a la página 868. Del proyecto inicial han muerto los colaboradores María Mercedes Carranza, Montserrat Ordóñez, J. Eduardo Jaramillo Zuluaga, Fernando Charry Lara y Guillermo Alberto Arévalo.

La obra se inicia con las monografías de William Ospina sobre poesía indígena, poesía de la conquista y poesía de la independencia. A partir de rescates de antropólogos como Ann Osborn y Gerardo Reichel-Dolmatoff, Ospina nos lleva de la sierra del Cocuy y el norte de la cordillera Oriental hasta el Vaupés y la mitología desana. Poemas indígenas rescatados por Ernesto Cardenal en la revista *Eco* en 1968 redondean nuestra historia poética, tan fiel a la naturaleza, tan necesaria como memoria y conciencia de las tribus indígenas, tan reveladora, en el caudal de sus enumeraciones, de un nuevo génesis en la visión primordial del mundo, con sus hechiceros y chamanes en vuelos extáticos tras el recorrido de las aves migratorias, que desde Canadá y el sur de los Estados Unidos hasta Argentina atraviesan nuestro continente. Además de la poesía, todo el Museo del Oro nos trae esas alas desplegadas, esa orfebrería ritual, ese uso de sustancias alucinógenas, que empieza por la coca, planta sagrada, y se ramifica en la enseñanza vital y ecológica sobre

su entorno. “No era gente, ni nada, ni cosa alguna”.

A partir de allí se edifica el mundo, sus animales y criaturas, sus cúpulas cósmicas en la guerra de los sexos, para darnos “pensamiento y memoria”. Una invocación ritual de los desana lo dice todo: “Tu vida será tranquila porque el banco en que te sientas no solo servirá para el reposo sino para que pienses”.

En todo ello se insertará la célebre leyenda Yurupary y sus poderes femeninos y masculinos que mueven el mundo.

En la época de la conquista, William Ospina destaca a Juan de Castellanos, un cura de Tunja que muere a los 84 años y deja 120.000 versos, de unas *Elegías de varones ilustres de Indias*, Ospina le atribuye insospechados méritos como iniciador de la poesía en lengua española en tiempos de la conquista. Considerarlo “como uno de los más altos monumentos de la literatura castellana, un triunfo de la sobriedad y el rigor, sobre siglos de incontinencia verbal y de crítica negligente” [pág. 40] es un exabrupto. ¿Sobriedad 120.000 versos? ¿Poesía afín a los primitivos cantos de los guerreros germánicos, y a las sagas nórdicas? ¿Alguien de quien se puede decir lo mismo que decimos de Dante y de Robert Browning? Exageraciones de Ospina, engeguicado por su aparente descubrimiento.

Un cronista en verso que registra sucesos curiosos y aventureros desalmados, con la sorpresa de quien se interna en una naturaleza incógnita, de interminables serpientes y fracasadas alucinaciones en pos del espejismo de El Dorado. Con más caídas que aciertos poéticos y muy útil en una historiografía de primera mano, “pareciere decir la verdad pura / sin usar de ficción y compostura”. Hamacas, huracanes y manglares se hacen presentes en un primer mestizaje del castellano con las lenguas indígenas; y en la viva voz de quien deambula por una geografía virgen para el ojo peninsular.

En la época colonial algunos escritores y escritoras comienzan a plantear dilemas sugerentes. Hernando Domínguez Camargo, nacido en Santa Fe en 1606, novicio de la Compañía de Jesús, y al igual que Castellanos,

beneficiado de la catedral de Tunja, escribirá un poema, de 9.200 versos, sobre la vida de san Ignacio de Loyola. Todo él, en su estilo, deudor de la poesía de Góngora, de sus metáforas arbitrarias y sus comparaciones audaces. Que al hablar de las bombardas, por ejemplo, dirá “que escupen plomo cuando ladran fuego” [pág. 70]. O “Hipérbole de luz, el sol ardiente”. Un modo que Ospina repudia pero que reconoce como la insegura avidez de esos letrados de la periferia del Imperio para apoderarse de la poesía en boga, de la cultura europea, y, en definitiva, sentirse partícipe, a través de los escasos libros, de un diálogo más allá de la soledad que los aislaba, en sus fríos conventos y sus poblaciones rudimentarias. Con la vida guerrera y heroica de Ignacio de Loyola, Domínguez Camargo se siente ligado no solo a la geografía remota y la historia considerada como tal, sino a temas religiosos de mucha trascendencia como es el caso del misticismo y el perenne combate entre Dios y el demonio en los hombres en perpetua guerra, hasta encontrar quizás aquella eternidad

en la que en dulce paz el alma
mueve
en esferas de amor arrebatada.

Con razón, Gerardo Diego, en 1927, en su *Antología poética en honor de Góngora*, le concede tan destacado lugar a Domínguez Camargo. Esa veta barroca, proliferante, que crece y se dilata, sobre la piedra minúscula que daría lugar al nácar de la perla única, revela ya una constante muy americana. Llenar la soledad de los inmensos espacios con criaturas más imaginarias que reales. Más exóticas y remotas que las pedestres y cotidianas. De ahí, no hay duda, siglos más tarde, una poesía como la de José Lezama Lima, también ávido devorador de Góngora.

Nacida en Tunja en 1671, sor Francisca Josefa del Castillo y Guevara ingresa a los dieciocho años al convento de Santa Clara la Real y tiene a la Biblia como su libro de cabecera.

Semeja una anacrónica viñeta medieval, en sus desolados trances y deliquios místicos en pos de un Dios que la arrebató y la olvida con inconsistancias de amante y a quien ella llama, llora y clama con su escritura, a veces

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>delicada y lírica, en otras moralista y conceptual. Pero el debate no concluye:</p> <p>Todo es como espiritualizado o yo no sé como lo diga. Es una cosa que entra por el alma [...] Entendí que el santo ángel formaba aquellas especies por voluntad de Dios, en la imaginación para dar alguna noticia de las cosas celestiales.</p> <p>[pág. 93]</p> <p>Milicia conquistadora y guerrera de Juan de Castellanos, milicia heroica y a la vez religiosa de Domínguez Camargo al intentar traer al Nuevo Mundo la leyenda de san Ignacio de Loyola, milicia mística de la madre del Castillo, sola enfrentada a sus visiones, diabólicas muchas veces, en otras consoladoras y tan sublimes que resultan inexpresables: así se iniciaba la búsqueda de nuestra expresión. Así ingresamos a la independencia, donde William Ospina resume el asunto: “al recorrer los momentos más destacados de nuestra historia literaria, hemos visto que el curioso destino de los poetas de esta tierra consistió en ir cerrando gradualmente sus ojos a la realidad que los rodeaba, en irse encerrando en un universo simbólico y a menudo fantástico”, para concluir: “no querían ser españoles pero hasta eso tenían que decirlo en español” [pág. 109].</p> <p>Pero la lucha independentista los llevaría a penetrarse con su tierra, a recorrerla y vivirla en sus extremos, a hablar desde una óptica muy concreta, a favor o en contra, donde la poesía, al tomar partido, debía razonar sus posturas y proponer las opciones más adecuadas a la índole de un país en ebullición y aún sin hacer. La poesía no miraría ya a Dios sino quizás a Bolívar, como el presbítero José Antonio de Torres y Peña, predicador de San Diego y cura de Tabio, quien en su “Santafé cautiva”, al cual el tirano venezolano llamado Simón Bolívar no podía menos que exasperarlo como lo recalcan sus versos: “mozo / con aspecto feroz y amulatado, / de pelo negro y muy castaño el bozo; / inquieto siempre y muy afeminado, / delgado el cuerpo y de aire fastidioso, / torpe de lengua, el tono muy grosero, / y de mirar turbado y altanero” [pág. 114].</p> <p>La poesía sería debate ideológico,</p>	<p>discurso en verso, razonamiento conceptual en torno a las polémicas que, traducidas desde Europa (Francia e Inglaterra) nos presentaban opciones: la monarquía divina o la Revolución francesa al cortar cabezas coronadas. Como lo explica David Jiménez: “El Romanticismo vino a saturar de valencias poéticas las palabras libertad y rebeldía, y a rebajar con resonancias prosaicas el valor de las palabras orden, autoridad y obediencia” [pág. 131].</p> <p>Allí empiezan a perfilarse esas figuras tan atractivas y controversiales, llámese José Eusebio Caro, llámese Rafael Pombo, llámese Rafael Núñez, quienes desde el poder o el exilio, desde la religiosidad o el agnosticismo, viven el deber del poeta como un posible guía, redentor de pueblos, a la usanza de Víctor Hugo, o tan solo como una efímera criatura fugaz, subyugada por el abismo inescrutable de lo nocturno, como en tantos de los poemas más memorables de Rafael Pombo “un talento poético inmenso, que aparece disperso, y derrochado por toda su obra” [pág. 149] como puntualiza Jiménez.</p> <p>Pero que, sin lugar a dudas, logra que a través del poeta se exprese la naturaleza y también la perplejidad y la duda, la fe junto con el escepticismo, para darnos estrofas válidas y elocuentes; como estas de Pombo:</p> <p>Bien pueden su hojarasca y polvo y hielo acumular los años sobre ti; mi corazón sacude el turbio velo y siempre te hallo, ¡oh dádiva del cielo! fresca y radiante en mí.</p> <p>La visión del romanticismo se complementa y amplía luego en el trabajo de Darío Jaramillo Agudelo sobre las antologías que, iniciando en 1848, agregan nombres como Julio Arboleda, Gregorio Gutiérrez González o José Joaquín Ortiz, triple antologista de la época, oscilantes ellos y otras figuras menores entre el patetismo tremebundo y la tristeza profesional y lo que se llamó “ingenios festivos”, que bien puede tener su ápice en “La perrilla” de José Manuel Marroquín y degenerar en otros en chistes y epigramas sin trascendencia alguna, sin olvidar los demasiados cantos al salto</p>	<p>de Tequendama, como lo corrobora el libro <i>Biografía del salto de Tequendama</i> (2010), de Santiago Díaz Piedrahita y María Victoria Blanco Castañeda donde Rafael Núñez se une a Santos Chocano en sus elogios a la cascada. En fin, era la poesía de un mundo provinciano, de rencillas y apellidos, de facciones y pocos recursos mentales y económicos, que pedía plata prestada en verso y que todavía se debatía entre su dependencia de la poesía española y el alborozo cuando un Menéndez y Pelayo o un Juan Varela escribían algún elogio y su paulatino viraje hacia un galicismo mental, en las proverbiales traducciones de Lamartine y Víctor Hugo y otros poetas franceses.</p> <p>Serán ellos, parnasianos, simbolistas, Baudelaire y Mallarmé, los que marcarán a José Asunción Silva y a Guillermo Valencia con el apoyo de Baldomero Sanín Cano para darnos imágenes visuales insospechadas, “correspondencias” y “sugerencias” como anotó Montserrat Ordóñez, para la creación no solo del poema “que no existe” sino también de ese “lector artista” que debe forjarse [pág. 219]. Un viajero de las ideas, “en la anarquía aristocrática de sus lecturas” [pág. 245], como señaló J. Eduardo Jaramillo Zuluaga, quien al hablar no solo de Silva sino de Valencia mostró como su subjetivismo de lector de Zaratustra terminó por fijarse en moldes clásicos de un cristianismo vueltos los ojos a las ruinas romanas y a un orientalismo propio de las <i>Mil y una noches</i>. Al igual que Porfirio Barba Jacob prolongan y cuestionan esa tradición que ya tiene etapas románticas y etapas modernistas. Poetas que las usan y a la vez las subvierten como Luis Carlos López en su visión de Cartagena de Indias o José Eustasio Rivera al tratar de apresar el horizonte de los llanos, la tierra de promisión, donde llanura, animales y hombres se lanzan en pos de la conquista de un espacio americano. Se cierra este grupo con la figura de Eduardo Castillo que al poeta maldito lo incorpora no solo en su figura física y su indumentaria, sino que logra verdaderos aciertos de identificación:</p> <p>Hamlet, mi príncipe enlutado dime qué existe para el hombre después del último después</p>

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>Vendrá luego León de Greiff, Rafael Maya y Luis Vidales, en la generación de Los Nuevos vistos por Diógenes Fajardo y el grupo de Piedra y Cielo al cual estudiará Fernando Charry Lara.</p> <p>En este último grupo Charry señalará, desde la política, algunas claras diferencias internas. “Eduardo Carranza y Gerardo Valencia –derechistas de camisa negra, devotos católicos y apasionados del bolivarismo autoritario– se expresaron a favor de la sublevación falangista” [pág. 394] encabezada por el futuro dictador de muchos años, en España, Francisco Franco.</p> <p>Otros, próximos a Pablo Neruda, como Arturo Camacho Ramírez, dejaron de lado primor e ingenio, y el viejo hábito colombiano de lo conceptual y moralizante, del discurso que razona en rimas o celebra reinas de belleza, por un verso “más leve, intenso, directo y expresivo” [pág. 404], como reconoce Charry Lara.</p> <p>El verso que caracterizara a sus compañeros de <i>Mito</i> (Gaitán Durán, Cote Lamus, Álvaro Mutis, Fernando Arbeláez) que buscan, como en un poema de Gaitán Durán, que la soledad de los amantes en la tierra haga arder sus cuerpos “en el opaco mundo de las cosas”.</p> <p>Por su parte, Mutis, estudiado por Guillermo Alberto Arévalo, busca recobrar del inexorable olvido, de la nada que todo lo succiona y deforma la intacta materia de otros días salvada del ajeno trabajo de los años.</p> <p>Finalmente, merece destacarse el trabajo de James Alstrum sobre la Generación de <i>Golpe de Dados</i>, la revista fundada por Mario Rivero en 1973 y a quien Darío Jaramillo califica como “propietario de la única empresa cultural y poética que deja utilidades en plata, la revista <i>Golpe de Dados</i>” [pág. 597].</p> <p>Como escribe Alstrum, la intertextualidad cosmopolita y la reflexión de la propia poesía, dentro del poema mismo, sobre su sentido, amplió el espacio verbal a través de múltiples máscaras (pintura, cine, otras figuras literarias) para transformar lo minúsculo cotidiano en mito y hacer que el <i>logos</i> se convierta en <i>eros</i>. El “Panorama de</p>	<p>las tres últimas décadas”, de Robinson Quintero Ossa y Luis Germán Sierra, cubre exhaustivamente el copioso y abundante recorrido por premios, antologías, colecciones de poesía, y la convivencia o enfrentamiento entre una poesía conversacional, oyente de la lírica estadounidense y una poesía de la imagen, deudora del surrealismo francés. Se trata, en definitiva, de un útil volumen puesto al día, pero demeritado por las demasiadas erratas que mancillan la reedición. Anoto algunas, pescadas al azar de la lectura. En la página 100, por ejemplo, se repite íntegro el mismo párrafo y los versos citados del poema sobre el sitio de Cartagena.</p> <p>En la página 123, en la nota 13, se habla de un supuesto libro de Borges titulado <i>Diccionario</i>. No hay tal: es su célebre <i>Ficcionario</i>, armado por Emir Rodríguez Monegal. En la página 125, el benemérito Carlos Arturo Caparros quien tanto hizo por la poesía colombiana en sus notas y antologías, se ha convertido en Catarroso (sic). En la página 182, en la nota, Baldomero Sanín Cano agrega un nuevo título a su bibliografía: <i>El oficio de ser lector</i>. Se trata de un más simple <i>El oficio de lector</i>.</p> <p>En el capítulo sobre Silva, quizá debido a la importancia del autor, las erratas se incrementan. En la página 216 “la extensión real de la obra del autor” queda como una mortal, “extinción real de la obra del autor”, y en la página 217 los delicados sueños que se acercan sin hacer ruido ya no pisan “los hilos sedosos de la alfombra”. Los pican, con el consiguiente ruido y escándalo.</p> <p>En la página 251, en la cita, al hablar del estilo modernista se hace un descubrimiento sorprendente: “el exotismo del paisa”, ese hombre tan afincado en su terruño. ¿No será acaso el exotismo del paisaje?</p> <p>En la página 260 el siempre exacto Pedro Henríquez Ureña al hablar de Colombia, “República de profesores” y sus presidentes letrados dice que dejan obra muy “basta” ¿no será más bien muy “vasta” al referirse a Núñez, Caro, Marroquín y Suarez? Queda la duda.</p> <p>Un título de Germán Arciniegas, <i>América, tierra firme</i>, fue reducido a <i>Tierra firme</i> y Nicolás Suescún, no</p>	<p>solo afectado por el libro que Jotamarío Arbeláez escribió en contra suyo, se convierte en Nicol Suescún en la página 705.</p> <p>En la página 730 un buzo se trueca en buza y así sin tregua.</p> <p>Los 272 números de <i>Eco</i>, entre 1960 y 1984, son considerados por Robinson Quintero Ossa como una revista de “corta duración” [pág. 705].</p> <p>¿En qué estaría pensando?</p> <p style="text-align: right;">Juan Gustavo Cobo Borda</p>